



# Nostalgia del desierto

# 1

Contestó sin mirar antes la pantalla, sin ver quién llamaba. Al almuerzo se hacía fila y quería llegar rápido, después tenía reunión. Pensaba comprar una sopa de espinaca para capear el frío, quizás también un paquete de cuchuflés, de esos bañados en chocolate. A esta hora el cuerpo le pedía azúcar para pasar la tarde.

—Te llamo para que hablemos de mis cenizas —dijeron al otro lado de la línea.

Se detuvo justo antes de la puerta giratoria. El oficinista que venía atrás masculló un insulto en voz baja y le pasó a llevar la cartera a propósito. Rebeca miró el número en la pantalla del teléfono. Reconoció el prefijo.

—¿Tía Peggy?

—Hola, linda.

La voz inconfundible de su tía abuela la llevó de regreso a las vacaciones de verano. La antigua casa de piedra en la playa, con la palmera frente a la terraza balanceándose en el viento desgano de la tarde. Los tres juntos. No, más bien ellas dos, porque su padre se encerraba en el segundo piso durante horas. Las tumbonas de madera con vista al mar, los cojines tan escuálidos que las varas les hacían doler las vértebras. En ese tiempo a las señoras les gustaba ir bronceadas y tía Peggy no era la excepción. Después de almuerzo se instalaba, Rebeca iba tras

ella. Llevaba sus libros de aventura porque a veces tía Peggy le pedía que se los leyera en voz alta. Siempre adivinaba los finales, incluso antes de tener todas las pistas. La recuerda con sus anteojos grandes y redondos, el pelo protegido dentro de un turbante de seda sujeto con un prendedor donde brillaba un vidrio de color. En sus manos, las uñas cortas y un solo anillo, de oro, fabricado a partir de un peso peruano. Era cuadrado, con pequeños rubíes rodeando al brillante hexagonal del centro.

Su tía prefería los bañadores de una pieza en colores tierra y se untaba el cuerpo de forma enérgica con un aceite bronceador que olía a coco. La palmera que tenían en el patio no daba cocos de verdad sino unas esferas diminutas, color café con leche. Cuando era pequeña no entendía bien la diferencia. Pensaba que crecerían y después tendrían pelos. Ni Peggy ni su padre supieron responder cuando Rebeca les preguntó si se podían comer.

Una tarde recogió un puñado de bolitas a los pies de la palmera y las puso en la sartén con agua y azúcar. Los niños de la playa le habían dicho que así se hacía el manjar. Su padre la encontró revolviendo con la cuchara de palo, encaramada sobre un piso frente a la cocina. Se acercó a mirar dentro de la sartén y luego bufó antes de subir por la escalera. Después de un rato el caramelo se quemó y las bolitas seguían incrustadas en medio de la mezcla oscura.

—¿Tus cenizas? —repitió, súbitamente consciente del teléfono en su mano.

—Rebequita, vamos al grano, esta llamada me va a salir un ojo de la cara.

El timbre de su voz, bajo y relajado como el oleaje de una bahía tranquila, aún conservaba el acento de Chile y, pese a todos los años viviendo fuera, seguía aspirando las consonantes de la sílaba final y cortando las palabras.

Mientras la escuchaba, Rebeca sintió el impulso de agarrarse de algo sólido. Caminó unos metros hasta un banco frente a una vitrina y se tomó del respaldo. La canosa dependienta vestía con dificultad el torso desnudo de un maniquí.

—A mi edad a una no le pueden andar con rodeos —siguió Peggy—. Ya va a ser la hora de mi programa.

La imaginó en su casa, enterrada en la poltrona floreada, rodeada de los cojines que bordó durante años. Las ventanas de guillotina y más allá un cielo encapotado, gris, amenazando con soltar la lluvia. No sabía si todavía tejía por las tardes, quizás la vista ya no se lo permitía. Prefirió no preguntar. La última vez que la había visitado, hace ya quince años, caminaba poco y la cuidaba una mujer de Namibia llamada Martinique.

—¿Has visto a Eddie?

Se le apareció la imagen de su padre. El rostro alargado, la nariz recta, los ojos hundidos.

—No.

Evitó mencionarle que lo había visto en la calle, de lejos, hacía seis meses. Estaba al otro lado de la avenida, lo reconoció enseguida. Llevaba un bigote tupido y la cabeza afeitada por completo. En ese momento se le ocurrió que debía pasar frío en las mañanas, tan campanante con la calva descubierta. Estaba flaco y caminaba con dificultad, quizás un leve cojeo en la pierna izquierda, no alcanzaba a distinguir. Lo siguió con la vista hasta que bajó al metro.

—Qué pena. La familia es lo único que una tiene. ¿Lo vas a llamar?

—No.

—Hazlo por mí.

—No, gracias.

—Anda a verlo un día, no te cuesta nada.

Su padre todavía vivía en la misma casa. Había pasado por fuera hacía poco, el Volvo estaba estacionado debajo del parrón, como de costumbre. Se veía que ya no andaba, podría apostar que tampoco le habían renovado la licencia. La carrocería y los vidrios estaban cubiertos de polvo. Uno de los focos delanteros tenía una trizadura, como si la máquina le guiñara un ojo. Reparó en la pintura descascarada del segundo piso de la casa, el timbre malo en la reja y al que le faltaba el botón. Hojas de plátano oriental se acumulaban sobre la vereda.

—Pensé que íbamos a hablar de ti, Peggy.

—Sí. Mis cenizas. Quiero que me cremen.

—Ok.

—Tú estás a cargo.

—¿Yo?

—¿Quién más?

—No sé.

—No hay nadie más, querida.

—Pero falta mucho para eso todavía.

—No te engañes.

—Tómate tus remedios. Pórtate bien. No va a pasar nada.

—¿Becky?

—Dime.

—Prométemelo.

—Córtala. Estás muy morbosa.

—Dilo.

—Está bien.

—Fuerte y claro, acuérdate que soy sorda.

—Me haré cargo de tus cenizas.

—*Good girl.*

Se escuchó una música dramática al otro lado de la línea. Seguro le estaba subiendo el volumen al televisor.

—Acá viene mi novela.

—¿Pero no me vas a decir...?

—¿Qué cosa?

—¿Dónde vamos...? ¿Dónde voy...? —la invadió un súbito pudor.

—¿Dónde vas a dejarme?

—Eso mismo.

—Quiero volver al lugar donde nací.

Las piedras aguardando junto a la línea del tren, el sol cayendo a plomo sobre ellas, proyectando una sombra concentrada en el suelo. Fue la primera imagen que se le vino a la cabeza. La vio en un libro de historia, en el colegio: un cúmulo tan alto como una casa de dos pisos y el hombre empequeñecido frente a él, sin zapatos, sujetándose el sombrero con la mano.

—Pero ahí no hay nada.

—¿Ah, sí?

—Es un peladero.

—¿Y tú cómo sabes?

—He visto fotos.

—Bueno. Nadie te preguntó si estabas de acuerdo y yo ya estoy muy vieja para cambiar de opinión.

Colgó poco después. Rebeca quería decirle que se quedara un rato más en la línea, hacía años que no hablaban, pero a Peggy nunca le había gustado ponerse muy melosa; sus despedidas siempre eran escuetas, formales. Incluso en el aeropuerto, cuando era seguro que no volverían a verse hasta el siguiente verano, se dejaba abrazar solo uno o dos segundos, en los que su cuerpo nunca se relajaba, para luego apartarla suavemente con la mano. Rebeca aún recordaba las ganas de quedarse un

poco más con la cabeza apoyada en las hombreras de sus vestidos, sentir la textura de esa ropa ligera que olía tan distinto a la suya o a la de su padre. Su perfume dulce y cítrico persistía en los lugares aun cuando ya se había ido, era como si los hubiese colonizado. No somos italianos, le dijo una vez que la escuchó gritar en la mesa. Parecía una broma, pero era también una advertencia.

Recuerda haberle preguntado una vez de niña, sentada en sus rodillas, por qué no se quedaba para siempre con ellos. Sintió las piernas de su tía acomodarse, inquietas bajo su cuerpo. La textura de su vestido de algodón bajo la palma de su mano. Tuvo la sensación de que algo no estaba bien, como si hubiera abierto la puerta de una habitación en donde tenía prohibido entrar. Se miró los zapatos. Eran rojos, de cuero, y tenían hebillas doradas a los costados: los había elegido Peggy. Fue el año en que aprendió a andar en bicicleta.

—No puedo —le había dicho en voz baja.

—¿Por qué?

—Esta no es mi casa.

—Podrías vivir en tu pieza.

—Por qué no te vas a jugar, mejor —dijo tomándola por la cintura y dejándola en el suelo. Rebeca vio la espalda alejarse rauda por la terraza, sus pantorrillas bronceadas alejándose a grandes zancadas tras la puerta que daba a la cocina y que quedó balanceando un momento una vez que Peggy hubo desaparecido.

Iquique, 30 de enero de 1929

Querida Dora:

*Todavía estoy en el hospital, aunque probablemente eso ya lo sabes. La enfermera me dice que llevo cuatro días acá. En mi pieza no hay reloj y al principio me tuvieron a oscuras. Era como si el tiempo no se moviera, una angustia que apretaba el pecho. Veo la luz del sol, que se cuele por los postigos, avanzar centímetro a centímetro por la pared. Nunca pensé que los días podían ser tan largos y aburridos. Mi hermano Bernie pretende escribir esta carta, pero la verdad es que solo hace garabatos en una hoja de mi libreta con un lápiz de grafito. Se ha enojado mucho cuando escuchó esto. Le estoy dictando a Kitty Murdoch, que vino a acompañarme. Tienes suerte, su caligrafía es muy superior a la mía. Prometió enviarte la misiva por correo, porque yo aún no puedo salir. Quisiera abrazarla de lo agradecida que estoy. No estoy enojada, Dora, lo prometo. Tengo una imagen del Buick verde oscuro de tu padre en la cancha de fútbol y después solo blanco. Acá no quieren que hable de eso, sobre todo mis padres, se molestan. A veces las enfermeras me escuchan, me cuesta quedarme callada. El zumbido en los oídos duró muchas horas, me dio miedo quedar sorda. El doctor cree que debería estarlo. Mis padres repiten todo el tiempo que tuve mucha suerte y debería estar agradecida. No lo siento así. Dicen que te vas a ir, pero yo no quiero que te vayas.*

*Ven a verme al hospital. Si vienes con tu madre de seguro que puedes pasar.*

P.